

CAPÍTULO XIV.

DE CINCO GRADOS Ó PASOS DE LA VIA UNITIVA.

**D**os principios dejamos asentados en los capítulos pasados, de que nos hemos de ayudar para señalar con acierto los pasos de la via unitiva. El primero es, que no consisten en la gracia de la devocion, ni de las consolaciones ó visitaciones celestiales, sino en algun ejercicio nuestro, prevenido y ayudado de la gracia divina; pero tal, que no solamente no excluya las dichas consolaciones y visitaciones de Dios, sino antes las admita y disponga el espíritu para ellas, cuanto la divina gracia les comunicare. Con esto quedamos libres para no tratar aquí de lo que llaman oracion de quietud, de silencio, de union, de raptos, éxtasis, visiones y otros grados de contemplacion que se significan con estos nombres y otros semejantes; por las cuales no tanto se da á entender lo que el ánima hace, quanto lo que recibe de la mano liberal de Dios. Han de ser pues estos pasos tales que los podamos andar con nuestras potencias, aplicando nuestro entendimiento y nuestra voluntad y ayudándonos del uso y ejercicio mediante la gracia divina, como lo hemos platicado en las dos primeras jornadas. El segundo principio es, que este ejercicio pide obras y amor, esto es, un amor que se manifieste en las obras y unas obras que salgan de amor, y consistan en mutua comunicacion de los que se aman.

Esto supuesto se debe advertir, que en cuatro puntos que nuestro santo Padre puso en el ejercicio del amor de Dios, puso otros tantos pasos de esta jornada y los motivos de ellos, que se fundan en las dos notas de que el amor consiste en obras, y de que consiste en la comunicacion de las dos partes; y á estos cuatro añadiremos otro, con que serán por todos cinco. Lo segundo, se ha de advertir, que así como nos amó Dios á nosotros primero que nosotros le amásemos á él, como dice el apóstol san Juan<sup>1</sup>, así su amor es regla é incentivo del nuestro. Es regla, porque nos hemos de esforzar á á hacer con Dios como él hace con nosotros; y es incentivo, porque lo hemos de hacer en retorno de su amor. Y así mirando los beneficios que hemos recibido de la mano de Dios y el amor con que nos los ha dado, tenemos grande ejemplar y grande ayuda para poner nuestro amor, no en palabras, sino en obras, y en obras hechas por amor y en retorno de obras y de amor, dando de lo que nosotros tenemos á aquel Señor de quien recibimos todo quanto podemos dar. Esta manera de ejercicio nos enseña á hacer nuestro santo Padre, como se saca del segundo preámbulo del ejercicio del amor de Dios, donde dice así<sup>2</sup>: *El segundo, pedir lo que quiero, será aquí pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo enteramente reconociendo pueda en todo amar y servir á su divina Majestad.* De las cuales palabras se saca, que en este camino del amor, quiere el santo Padre que ejercitemos el entendimiento y la voluntad: el entendimiento conociendo y reconociendo lo que Dios ha hecho conmigo; la voluntad amando y sirviendo en todo á su divina Majestad al paso de los bienes que he recibido de

<sup>1</sup> I Joan. IV, 10.— <sup>2</sup> 4.<sup>a</sup> Semana.

su mano; y en esta correspondencia y competencia de amor, se fundan los cinco grados de la via unitiva, como lo irémos declarando en los capítulos siguientes.

## CAPÍTULO XV.

### DEL PRIMER GRADO DE LA VIA UNITIVA.

**S**UPUESTOS los fundamentos y principios, que habemos declarado, empieza nuestro santo Padre á enseñar el primer paso de esta jornada, en el primer punto de la contemplacion del amor por estas palabras <sup>1</sup>: *El primer punto es, traer á la memoria los beneficios recibidos de creacion, redencion y dones particulares, ponderando con mucho afecto, cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí, y cuánto me ha dado de lo que tiene, y conseqüenter, el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede, segun su ordenacion divina.* Donde es primero de advertir, cómo este gran maestro desde el principio de la via purgativa, hasta el fin de la unitiva, va siempre fundando nuestro modo de orar en el ejercicio de las tres potencias. Lo primero, trayendo á la memoria los beneficios recibidos. Lo segundo, ponderando con el entendimiento, cuánto es lo que Dios ha hecho por mí, cuánto es lo que él me ha dado de lo que él tiene, cuánto es lo que desea darme. Lo tercero, ofreciendo afectuosamente con la voluntad todo

<sup>1</sup> 4.<sup>a</sup> Semana.

cuanto yo tengo y hay en mí, y dedicándolo á su mayor gloria y servicio. Y la razon porque el santo Padre insiste siempre en este modo de orar, no es otra sino porque siempre que queremos podemos usar de él, y puede nuestro espíritu andar siempre adelante con este ejercicio, por muy desamparado que esté de todo lo que llamamos consolaciones espirituales. Porque estas consolaciones espirituales, y aquellos modos de orar que las contienen y las significan, como es lo que llaman sueño, ocio, quietud y otros semejantes, se deben remitir para aquel solo Maestro y Señor, que los puede dar y enseñar, y los enseña cuando los da, y no se aprenden sino cuando se reciben. Atendiendo pues cada uno á lo que es de su parte, mientras no le levantara Dios á otro ejercicio superior, ejercítase él dentro de sí mismo, trayendo á la memoria los beneficios recibidos, ponderándolos con el entendimiento, y despertando afectos fervorosos en su voluntad; y esto es cuanto al modo de orar.

Lo segundo, quanto á la materia, se advierta, que en este primer grado de la via unitiva, que corresponde al primer punto del ejercicio del amor, la materia de la meditacion son los beneficios divinos, que es materia copiosísima y motivo muy apretado para despertar en nosotros el amor, pues como dicen: Dádivas quebrantan peñas. Y Salomon dijo <sup>1</sup>, que «los que dan dones roban las ánimas de los que los reciben.» Y reduce nuestro santo Padre todos los beneficios á tres cabezas. Primero, de la creacion, donde entra la conservacion y todos los bienes de naturaleza que á ella se ordenan. Segundo, la redencion, donde entra todo lo que el Señor hizo y pa-

<sup>1</sup> Prov. XX, 9.

deció por nosotros en carne mortal, y los Sacramentos que instituyó para nuestro remedio, etc. Tercero, los dones particulares, que son innumerables y cotidianos, y nos suelen descubrir más la providencia y amor particular de Dios para con nosotros, y obligarnos más al retorno del agradecimiento y del amor. Y esto es cuanto á la materia de la meditacion en que se debe ocupar la memoria.

Cuanto á las circunstancias que debe ponderar el entendimiento, se ponen otras tres. Primero: *Cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí*, así en la creacion, como en la redencion, ocupando su persona, digámoslo así, en hacer lo que convenia á mi remedio. Lo segundo: *Cuánto me ha dado de lo que tiene*, así en los dones naturales, como en los de gracia, las riquezas que ha puesto en mí. Y aquella palabra: *Cuánto me ha dado de lo que tiene*, se puso con particular advertencia, aludiendo á lo que está en la nota segunda: *El amor consiste en comunicacion de las dos partes, es á saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, ó de lo que tiene*. Pues debo ponderar cuán abundantemente ha cumplido Dios nuestro Señor de su parte, y *cuánto me ha dado de lo que tiene*; porque de ahí ha de resultar la obligacion del retorno, dándole yo tambien de lo que tengo. Lo tercero, se debe ponderar sobre lo que nos ha dado lo que nos desea dar. Este fué el cargo que se le hizo á David, cuando habiéndole puesto delante el profeta Natan en nombre de Dios los beneficios que le habia hecho, y las obligaciones que de allí le resultaban, añadió <sup>1</sup>: *Et si parva sunt ista, adjiciam tibi multo majora*. Si estos beneficios te parecen pequeños, dispuesto estoy á hacértelos mayores.

<sup>1</sup> II Reg. XII, 8.

Esta es la fuerza del divino amor, que no solamente da de lo que tiene, sino que desea darse á sí mismo. No trato aquí de cómo se nos dió á sí mismo en el santísimo Sacramento del altar, porque éste le pongo en el número de los beneficios recibidos, que pertenecen á la redencion; sino de cómo desea dársenos en el convite de la gloria, donde se celebrarán las bodas con su Iglesia, y se entregará á sí mismo en vision clara y perpétua, segun su ordenacion divina. Pues en todos los beneficios que Dios nos ha hecho é hiciere, debemos ponderar esta circunstancia, que no queda agotada ni cansada la liberalidad del Señor con aquel don particular; sino antes queda deseoso de añadir otros mayores, y todos los va enderezando á dársenos á sí mismo en pacífica posesion en la gloria. Estas son las circunstancias que hemos de ponderar para despertar en nosotros un crecido afecto de amor.

Y porque en todas las meditaciones pretende nuestro santo Padre, que despues de haber ejercitado las tres potencias haga cada uno reflexion sobre sí mismo, para sacar algun provecho de aquello que ha meditado, como se ve en las meditaciones de la segunda y tercera semana, siguiendo aquí el mismo orden, añade estas palabras <sup>1</sup>: *Y con esto reflectir en mí mismo, considerando con mucha razon é instancia, lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar á la su divina Majestad. Es á saber, todas mis cosas y á mí mismo con ellas, así como quien ofrece afectándose mucho: Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer: Vos me lo disteis, á Vos, Señor, lo torno, todo es vuestro: disponed á toda vuestra voluntad. Dadme vuestro*

<sup>1</sup> 4.<sup>a</sup> Semana.

amor y gracia, que ésta me basta. En estas palabras se contiene el primer grado de la vía unitiva, y es fruto de la meditacion de los beneficios, conviene á saber <sup>1</sup>: *Responder con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina Majestad, así de su persona, como de todo lo que tiene, se sirva conforme á su santísima voluntad.* Esto que se pide en la anotacion quinta, como disposicion muy importante para entrar á servir á Dios, y se presume antes de las elecciones de la segunda semana para no errar en ellas, y se repite en otras muchas ocasiones en este libro, esto mismo ofrecido á Dios nuestro Señor en retorno de los beneficios recibidos de su mano, es el primer grado del amor, y el primer paso ó propósito de la vía unitiva. De manera, que hallándose un hombre obligado con carga tan inmensa de los beneficios y misericordias de Dios, se ponga en el cuidado que le fatigaba al santo rey David cuando decia <sup>2</sup>: *Quid retribuam Domino pro omnibus, quæ retribuit mihi?* ¿Qué le volveré á Dios por todo lo que me ha dado? Y con este corazon y deseo que tenia el Profeta, no hallando cosa en sí, le vuelve todo lo que de él ha recibido, poniéndole á Dios en las manos su cuerpo con todos sus sentidos, su alma con todas sus potencias, su libertad, su hacienda, su salud, su honra y su vida, y todo cuanto es y posee, para que de todo disponga conforme á su santísima voluntad; mirándose de allí adelante á sí mismo, como cosa que es ajena y no es suya, y que está con nuevo título entregada á Dios en retorno de sus beneficios. Es pues el primer paso ó propósito de la union, el que se contiene en aquellas palabras de ofre-

<sup>1</sup> Anot. 5. — <sup>2</sup> Psalm. CXV, 12.

cimiento que están al fin del primer punto: *Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, etc.* Y es de notar, que este primer grado de amor consiste en obras, porque aunque no propone ninguna en particular, queda todo puesto y resignado en las manos de Dios para hacer y padecer todo lo que fuere su voluntad, y consiste tambien en comunicacion de las partes; porque este ofrecimiento se hace en virtud de la obligacion que resulta de los beneficios recibidos.

## CAPÍTULO XVI.

### DEL GRADO SEGUNDO DE LA VIA UNITIVA.

**N**o solamente Dios nuestro Señor derramó su bondad sobre sus criaturas con la largueza de sus beneficios, sino que todo lo sustenta y gobierna, y trae sobre sus hombros el peso de todo este universo, conservando á cada criatura en su sér y dándole la operacion conveniente á su naturaleza, moviendo todas las cosas á sus fines, y atándolas con amistad entre sí mismas, y con la necesidad que tienen unas de otras para el buen ser de esta máquina general del universo. Todo esto hace, como grande y poderoso príncipe, «con sola la virtud de su palabra, como dice el Apóstol <sup>1</sup> del Verbo eterno, que es resplandor de gloria y figura de la sustancia de su

<sup>1</sup> Hebr. I, 3.

Padre, y sustenta todas las cosas con la palabra de su virtud, ó con la virtud y poder de su palabra.» Con esto se hace Dios presente á todas las cosas por su potencia, y no menos lo está por sí mismo, esto es, por su sér y por su esencia, «porque en él vivimos, y nos movemos, y somos <sup>1</sup>.» Este es el segundo grado del amor de Dios para con nosotros, que no solamente nos hizo los beneficios, sino que está presente por sí mismo para conservarlos, el cual ponderó nuestro santo Padre en el segundo punto por estas palabras: *El segundo, mirar cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos dando sér, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender: y así en mí dándome sér, animando, sensando, y haciéndome entender; asimismo haciendo templo de mí, siendo criado á la similitud é imágen de su divina Majestad.* Donde es de advertir en cuán pocas palabras comprendió nuestro autor todas las maneras y grados en que las criaturas participan el sér de Dios, que se reducen á cuatro que son. Primero, el sér, como en los elementos. Segundo, el vivir, como en las plantas. Tercero, el sentir, como en los animales. Cuarto, el entender, como en los hombres. Y como quiera que Dios nuestro Señor sea el mismo sér por su esencia, todas las demás cosas que tienen algun sér lo han de tener participado de él; y mientras lo tuvieren, es forzoso que el mismo Dios esté por sí mismo presente con ellas para conservarlo. Y así como no hay cosa más íntima, ni más profunda, ni más dentro de cualquiera criatura que su mismo sér; así Dios nuestro Señor, que es el principio y causa de este sér, está más dentro de todas las criaturas, que están dentro de sí mismas.

Miremos, pues, lo primero á Dios dentro de todas las

<sup>1</sup> Act. XVII, 28.

criaturas, dándoles á cada una el sér, segun el grado en que le participa; ó por mejor decir, miremos á todas las criaturas dentro de Dios nuestro Señor, cada una participando y conservando el sér en aquel infinito piélago y fuente de todo sér. Lo segundo, porque las cosas propias mueven más de cerca, ponga cada uno los ojos en sí mismo, y mire cómo está Dios dentro de él, dándole y conservando todos los cuatro grados de sér que están repartidos por todas las criaturas. La cual reflexion asimismo notó el santo Padre cuando dijo: *Y así en mí dándome sér, animando, sensando y haciéndome entender.* Lo tercero, debe ponderar un modo particular con que está Dios presente al hombre, y no está á ninguna de las otras criaturas corporales, esto es, estar como en su templo; porque siendo el hombre criado á imágen y semejanza de Dios, en el hombre está Dios conocido, creído, amado y reverenciado como en su templo, lo cual notó tambien el santo Padre cuando dijo: *Asimismo haciendo templo de mí siendo criado á la similitud é imágen de su divina Majestad.* Estas son todas las maneras con que está Dios presente á sus criaturas.

Siguese la reflexion sobre sí mismo, en que dice el Santo así: *Otro tanto reflexionando en mí mismo por el modo que está dicho en el primer punto, ó por otro que sintiere mejor.* De la misma manera se hará sobre cada punto que se sigue. Sea pues el segundo grado del amor, que si Dios está siempre presente dentro de mí, que yo esté siempre en la presencia de Dios nuestro Señor, (el cual es único consuelo de este destierro y peregrinacion) trayéndole siempre cuanto fuere posible delante de los ojos, y creyendo, como es la verdad, que estamos siempre delante de los suyos. Este ejercicio de la presencia de Dios nuestro Señor, así como es eficazísimo medio para todo el

camino de la perfeccion, desde su principio hasta el fin; así tiene varios grados y diferentes modos, y da lugar á particulares regalos y visitaciones de Dios; y viene á llegar á cierto grado de union tan estrecho y tan secreto, que apenas el que la tiene la sabe dar á entender. Y es cuando en el centro más profundo del alma se manifiesta Dios, y se muestra presente con tanta luz, que arrebatada toda la atencion, de manera que aún á sí misma no se siente el alma, ni otra cosa fuera de sí. Tanto es lo que se le ha declarado Dios, que todo lo demás se ha desaparecido en su presencia.

Este punto pide tratado particular: ahora basta decir que el que ha llegado á este segundo grado no se contenta con mirar á Dios ausente y lejos, ni se contenta de hablar con él, como quien le escribe cartas ó le envía recados con terceras personas; sino que procura recogerse dentro de sí para hallarle presente y hablar con él: *Como un amigo habla con otro, ó un siervo á su señor*, que ésta es la primera ley de los coloquios que se han de hacer al fin de cada oracion, como lo notó el santo Padre en el primer coloquio de la primera semana. Y así como los que asisten siempre delante de su príncipe ó de su señor, mirándole siempre al semblante del rostro, conocen mejor su gusto, aún en cosas muy menudas y particulares; así uno de los provechos que se sacan de estar en la presencia de Dios nuestro Señor, es que de la luz de su divino rostro resulta el mayor conocimiento de su voluntad en las cosas particulares, como se nota en el tratado de las elecciones.

De lo cual se sigue, que en el primer grado de union se ofrece un hombre del todo á Dios, con determinacion

<sup>1</sup> 1.ª Semana, Coloq. del 1.º Ejerc.

de hacer en todo su voluntad: en el segundo pasa más adelante, porque se une más con Dios por la presencia suya, y toma luz para conocer cuál sea el agrado de la divina voluntad acerca de sus acciones.

## CAPÍTULO XVII.

### DEL TERCER GRADO DE LA VIA UNITIVA.

**S**ÍGUESE el tercer grado, que es poner por obra lo que es del gusto y beneplácito divino. Porque el siervo que conoce la voluntad de su Señor y no la hace merece doblado castigo; y tambien merece justamente la indignacion de su Señor, el criado tan regalado que no quiere trabajar ni servir por no perder la presencia y conversacion de su Señor; como por el contrario, el que se priva á tiempo de ella, por sólo el mayor gusto y servicio de su Señor merece ser admitido despues á más estrecho trato y familiaridad. Es pues el tercer grado de la union, obrar la voluntad de Dios nuestro Señor en presencia de Dios, y conversar con los hombres sin perder la familiaridad con Dios, y trabajar en lo de fuera sin perder el descanso y quietud del corazon, de manera que á la presencia de Dios se añada el obrar la voluntad de Dios. Esto mismo se halla en el amor de Dios para con los hombres, como dice nuestro santo Padre en el tercer punto por estas palabras: *El tercero, considerar cómo Dios trabaja y labora por mí, en todas cosas cria-*